



Malvinas (sust. femenino)

**Villagra Karen*



Cada 2 de abril marca otro aniversario de uno de los capítulos más trágicos de la historia argentina. A 44 años de la guerra, aún continuamos encontrando nuevas miradas e historias para tratar de complacer al dolor de una Nación que llora a los 326 compatriotas muertos en combate, los 323 que perecieron a bordo del Crucero General Belgrano y a los tantos otros que lograrían volver a casa, pero cuyo espíritu en pena decidiría volar lejos a donde el dolor ya no los aprehende.

No hay palabras u homenajes que vayan a ser suficientes para subsanar lo que se perdió, pero entre todas historias de héroes, me pareció importante este año parar y reflexionar sobre nuestras heroínas silenciosas y, por momentos, olvidadas. Nuestras mujeres en Malvinas. A más de cuatro décadas del conflicto, sus historias siguen siendo fragmentarias, dispersas y, en muchos casos, poco replicadas. No porque no hayan estado, sino porque durante años no fueron consideradas parte de la historia oficial. Hablar de Malvinas sin ellas es, en algún punto, contar una historia incompleta.

Guardianas de la pérdida perla Austral

Durante los 74 días que duró el conflicto, 14 mujeres participaron de manera directa en el Teatro de Operaciones del Atlántico Sur (TOAS) como personal de salud, y otras tantas se desempeñaron en el continente en la Base Naval de Puerto Belgrano y en el hospital reubicable de Comodoro Rivadavia.



Todas estas profesionales de la salud, variando entre enfermeras, instrumentadoras y auxiliares, trabajaron recibiendo heridos que llegaban desde las islas en condiciones críticas. Estas mujeres no empuñaron armas, pero enfrentaron a los fantasmas de la guerra de otra forma: siendo sostén de vida en un contexto atravesado por la muerte. Sin embargo, durante años no fueron reconocidas como veteranas de guerra.

Su rol fue reducido a una tarea “auxiliar”, invisibilizando el impacto físico y emocional que implicó su participación, como si curar, sanar y velar por la integridad de los soldados fuese solo una labor secundaria. El reconocimiento llegó, en 2012 para las heroínas destinadas al TOAS y en 2021 para aquellas en continente, aunque algunos podrían decir que tarde. Y en muchos casos, todavía es insuficiente.

Madres de la patria:

En paralelo, mientras los soldados eran enviados al frente, en el continente se desplegaba otro tipo de resistencia. Madres, esposas, hermanas e hijas le hicieron frente al enemigo sosteniendo los hogares en un contexto de incertidumbre total. Sin información clara, sin canales de comunicación y bajo un régimen dictatorial que controlaba el flujo de noticias, miles de mujeres atravesaron la guerra desde el lugar más injusto:

La espera.

Espera de una carta.

Espera de una llamada.

Espera de noticias que, en muchos casos, no llegarían. En la oscuridad del desconocimiento del estado de la guerra, esa espera era faro de esperanza y comunión. En el continente, las esposas de los soldados debían dar seguridad a la familia, continuar con la vida cotidiana y enfrentarse al futuro incierto que traería el final de la guerra. Las afortunadas que pudieron recibir a sus compañeros debieron acompañarlos en la lucha contra las pesadillas, el trauma y los recuerdos del campo de batalla. Las desafortunadas tuvieron que enfrentar la vida sin volver a verlos, sabiendo que se encontraban a miles de kilómetros, en un territorio ocupado que ya no volverían a pisar.



Las madres de los soldados, en particular, ocuparon un lugar central. Muchas de ellas acompañaron durante años los procesos de duelo, búsqueda de verdad y reclamo de reconocimiento para sus hijos. No puedo hablar desde el testimonio, pero **¿quién no ha oído decir “no hay dolor más grande que perder un hijo”?** Si el simple hecho de perderlo es desolador, hacerlo en circunstancias tan hostiles y en distancias tan extremas debe ser una de las torturas más grandes que se puede experimentar. La tortura de caminar la vida con la duda permanente de en quién se podría haber convertido ese hijo, de que podría estar haciendo, de qué sueños habría soñado...

La tortura de saber que, tarde o temprano, nuestro propio cuerpo traiciona y olvida detalles de aquellos que hace mucho no vemos. En ese sentido, la guerra no terminó en 1982: se extiende en el tiempo a través de la memoria.

Construir historia:

Las guerras son también experiencias sociales, culturales y emocionales. Al dejar fuera a las mujeres, la historia “*oficial*” reproduce una mirada limitada, que excluye dimensiones fundamentales del conflicto. George Steiner supo decir que **“aquello que no se nombra, no existe”**. Bajo esta premisa, la omisión de nuestras mujeres en Malvinas implica una doble exclusión, la de invisibilizar la participación de nuestras súperheroínas y, al mismo tiempo, desvalorizar el tipo de tareas que realizaron. Cuidar, esperar, sostener y sanar no son vistos como actos heroicos en la misma medida que combatir, pero sin esas acciones ninguna guerra podría sostenerse.

Nombrarlas no es solo un acto de justicia histórica, sino también una forma de ampliar nuestra comprensión sobre lo que significa “participar” en una guerra. Tal vez el mayor homenaje que podamos hacerles a las mujeres de Malvinas no sea una medalla, ni un monumento, ni un acto oficial. Tal vez el verdadero homenaje sea incorporarlas definitivamente a la historia nacional.



MALVINAS (SUST. FEMENINO)

Tomar consciencia de que las guerras no solo se ganan o se pierden en el campo de batalla, también se sostienen en hospitales, en casas, en cartas, en silencios y en esperas. Malvinas también fue la historia de mujeres que curaron, que esperaron, que sostuvieron y que lloraron en silencio. **Y mientras la Argentina siga recordando Malvinas, también deberá recordarlas a ellas.**

